

Nuestra guerra en el frente

El conflicto de Leticia (1932-1933) y los ejércitos de Perú y Colombia

CARLOS CAMACHO ARANGO
Universidad Externado, Bogotá, 2016,
515 pp., il.

EN EL epílogo de esta magnífica investigación histórica, el historiador Carlos Camacho Arango recoge una anécdota de cuando estaba en Lima buscando documentos y materiales para la redacción de su tesis doctoral, tesis que, con algunas modificaciones, ahora publica la Universidad Externado. Dirigiéndose en una ocasión al Centro de Estudios Histórico-Políticos del Perú para continuar con las largas jornadas de inmersión en archivos, el conductor del taxi en el cual se transportaba advirtió que el pasajero no era peruano y quiso conocer, peregrinamente, los motivos de su viaje. La respuesta del autor a la pregunta rutinaria del taxista, acompañada del brevísimo diálogo subsiguiente, introduce, con la gracia de un equívoco, el teatro de eventos de esta narración: “Estoy haciendo una investigación sobre la guerra entre Colombia y Perú”. El taxista, sin vacilaciones, dueño de la verdad, no tuvo empacho en corregir al doctorando: “Está equivocado. La guerra fue con Ecuador” (p. 497).

Para los peruanos, como bien lo anota Camacho Arango, el sustantivo *guerra* está reservado, en el siglo XIX, para la contienda con Chile y, en el siglo XX, para una de las tantas versiones del conflicto con el Ecuador. Lo de Colombia, cuando más, llega a escaramuza de la soldadesca por un malentendido fronterizo. Para los colombianos, en cambio, capaces de distorsionar con la palabra cuanto la realidad desmiente, la guerra con el Perú fue una guerra en todo regla. Y así lo muestran, por ejemplo, las explicaciones alrededor de su origen. De las teorías más simpáticas, la del expresidente Alfonso López Michelsen, uno de nuestros escritores malogrados por la política, quien le agregó un móvil homérico al reconocer en el amor de una mulata, requerida por dos

pretendientes con suerte desigual, la verdadera causa de la discordia.

Así lo recuerda el López Michelsen escritor:

Muchos años después llegó a mi conocimiento el verdadero origen del desafortunado episodio [...]. Una mestiza de nombre Pilar, conocida como “La Pila”, era la amante del alférez peruano Juan de la Rosa, encargado de la guarnición de Caballo de Cocha, en las vecindades de Leticia, y como en el caso de la guerra de Troya, también requería sus favores otro pretendiente, que era nada menos que el intendente colombiano del Amazonas Alfredo Villamil Fajardo. (p. 64)

En el capítulo dedicado a recoger las posibles causas del conflicto colombo-peruano, Camacho Arango pondera la teoría de López Michelsen no como algo extravagante, sino como un justo “escalamiento” de la perspectiva histórica y, cosa curiosa, menciona que un historiador peruano de apellido Zárate coincide con la versión del expresidente colombiano en lo que el peruano, con desmedida envidia léxica, llamó los “prolegómenos del Conflicto” (p. 64). Anterior, sin embargo, a las causas locales, debe mencionarse la existencia de un malestar creciente en el departamento fronterizo de Loreto desde la firma del Tratado Salomón-Lozano (1922) y la entrega oficial de Leticia, entonces un puesto fluvial insignificante sobre el Amazonas, a Colombia (1930).

Aunque parece existir cierto consenso sobre el carácter decisivo de estos dos hechos en el desencadenamiento del conflicto, algunos autores proponen retroceder hasta una fecha tan lejana como 1740, cuando una cédula real fijó, con trazados imprecisos, los límites fronterizos entre ambos dominios virreinales. Menos escorada en el caudal de los siglos, reviste mayor credibilidad la tesis según la cual la bonanza cauchera trajo consigo un interés por apropiarse, ya no nominal y cartográficamente, de territorios históricamente desdeñados por los gobiernos de ambos países.

Si bien Camacho Arango señala que en los trabajos historiográficos la “búsqueda de las causas [...] ya

no atrae tanto a los historiadores” (p. 65), él mismo intenta establecer, combinando un enfoque global y otro de escala local —privilegiando más este último—, cuáles fueron los motivos que llevaron a una improvisada escuadra de soldados peruanos, bajo el mando del alférez de la Rosa y el ingeniero Óscar Ordóñez, a tomarse por asalto Leticia en septiembre de 1932. Deudas, raptos patrióticos, asuntos amorosos, negocios truchos y un cierto afán por no dejar en palabras necias de borrachos las conjuras fraguadas al calor de los tragos en las tardes soporíferas de Iquitos, figuran entre las causas principales.

Desde septiembre de 1932 hasta junio de 1933, fecha de inicio y terminación de la guerra —me paso de nuevo a esta palabra de origen germano por cuanto en ella resuena con fuerza más expresiva y terrible lo que palidece bajo el formal y aséptico “conflicto”—, no hay detalle, por menor, por insignificante, por secundario que sea, que el rigor investigativo de Camacho Arango no haya recogido y puesto en contexto con esa escritura suya de tan lograda y juiciosa fluidez, muy deudora del estilo de la escuela francesa de los Anales. Siguiendo la estructura de reservar los capítulos impares para el cauce de la narración y los pares para el análisis, como lo hace Fals Borda en la *Historia doble de la costa*, el autor reconstruye, con base en archivos civiles y militares del Perú, Colombia, Francia, Estados Unidos e Inglaterra, un relato minucioso, casi que minuto a minuto, de la cronología de esta guerra que da la impresión de haber estado siempre en preparación y nunca, propiamente, en desarrollo.

Ante las pocas ofensivas y acciones de combate, son los detalles de la vida cotidiana en el frente los más reveladores y llenos de encanto. Llamado al servicio por el presidente Olaya Herrera, el general conservador Alfredo Vásquez Cobo abandonó la vida muelle de embajador en París para venir a internar, al mando de una flota fleteada por él en los astilleros de Europa, en las selvas colombianas. En los primeros meses a bordo de uno de los buques, para el cual había dispuesto un puesto de mando adornado como un salón parisino, disfrutó de manjares

RESEÑAS		HISTORIA
<p>exquisitos, pero el agotamiento de las provisiones lo obligó pronto a tener “que meterse en la selva todos los días a cazar su mico” (p. 392). La imagen de un general de barriga prominente en esa situación, que se había preparado más para disfrutar de las comodidades del cargo que de las penurias de la guerra, mereció el reguero de descrédito entre sus subordinadas, para quienes era difícil conciliar la figura de este hombre ridículo con la de su superior jerárquico.</p> <p>Los soldados, por su parte, fueron sorprendidos por una emboscada peruana “cuando un oficial colombiano verificaba, en una situación de guerra inminente en la Amazonia, que las uñas de sus subordinados estuvieran limpias” (p. 281). Otro oficial colombiano, presa del aburrimiento y la fatiga, se quejaba por la falta de cerveza: “Uno no se explica por qué Bavaria no ha puesto aquí una sucursal” (p. 318). Son muchas las anécdotas como estas que hicieron a García Márquez acariciar la idea de escribir, a cuatro manos, una novela sobre el conflicto colombo-peruano. En una carta a Vargas Llosa, además de referir varias extravagancias de esta guerra de opereta, lo invita a que investigue la parte de Perú y él hará lo propio con la parte de Colombia para así escribir “el libro más delirante, increíble y aparatoso que se pueda concebir” (p. 15). Aunque no en forma de novela, finalmente ese libro llegó de la mano del historiador Carlos Camacho Arango, en el que puede considerarse uno de los más robustos y ambiciosos trabajos de historia del siglo xx colombiano: <i>El conflicto de Leticia (1932-1933) y los ejércitos de Perú y Colombia</i>.</p> <p style="text-align: center;">Jerónimo Uribe Correa</p>		